

OPINIÓN

Desigualdad

La grave brecha social en todo el mundo acentúa el daño de la pandemia

Si la crisis financiera de 2008 fue adquiriendo paulatina pero inexorablemente unas dimensiones políticas, sociales, laborales y de expectativas vitales de una contundencia cuya onda expansiva ha llegado hasta nuestros días, la pandemia del coronavirus declarada en marzo por la Organización Mundial de la Salud empieza a asumir también formas que escapan al ámbito sanitario y atañen a lo más hondo de la organización sistémica de la sociedad y el Estado de bienestar.

La primera oleada de brotes atacó por igual a todas las sociedades, desprevenidas, sin importar renta regional o individual—ahí están el norte rico de Italia frente al sur, o los países occidentales más golpeados—. Pero la nueva etapa está poniendo al desnudo una desigualdad social y económica que, de ahondarse sin más medidas paliativas, activará un inquietante potencial de fractura.

El número global de muertes llega a la simbólica cifra de un millón. Y el esquema es similar en todo el planeta. En EE UU, el número de víctimas entre las comunidades negra e hispana, rentas bajas sin acceso a buenos seguros médicos, ha sido mayor que su proporción en la población. En América Latina, de México a Argentina, los confinamientos apenas pueden funcionar en barrios sin espacio suficiente para la distancia social y con ciudadanos que dependen de sus quehaceres diarios para sobrevivir. En España, los datos demuestran que las zonas más densas, pobres y con más inmigración de Madrid y Barcelona, por citar las dos ciudades donde mejor se han medido los parámetros; son las más golpeadas, especialmente en esta segunda ola. El virus pudo empezar atacando a todos por igual, pero no todos pueden defenderse igual.

En el caso español, además, el problema adquiere una agudeza extremadamente delicada cuando se comprueba que los recortes en sanidad, ciencia y educación derivados de la crisis de 2008, a los que algunas comunidades

han sumado una privatización de servicios públicos que ha mermado su capacidad, han dejado sin las armas adecuadas a una amplia franja de población que no tiene alternativa. Frente a las capas de población que pueden hacer frente a las nuevas amenazas en espacios amplios, con teletrabajo, con apoyo educativo y tecnológico a sus hijos en edad escolar y en ocasiones con seguros privados, las capas de rentas más bajas conviven en pisos pequeños, en barrios con gran densidad, sin tiempo ni recursos para complementar la educación de sus hijos y con trabajos presenciales—en el mejor de los casos—en los que el desplazamiento en transportes públicos no reforzados resulta obligado. Unos centros de salud desbordados son su única herramienta.

La imagen de dos miembros del Gobierno de la Comunidad de Madrid inaugurando un dispensador de gel en una estación de metro esta semana quedará en los anales de esta crisis como la fotografía de la distancia entre la población desasistida y altos cargos que se congratulan de mirar el dedo y no la Luna. Tras ellos, los trabajadores corren a los vagones, en ocasiones atestados, rumbo a los riesgos que otros pueden evitar. Los discursos clasistas y xenófobos contra “el modo de vida” en estas áreas, además, apuntan a una fractura que también es moral.

En este contexto, las medidas adoptadas para restringir la movilidad y el ocio en parques en zonas de Madrid de alto nivel de contagio y rentas bajas añaden un factor estigmatizante a la brutal desigualdad de la región, donde hasta la esperanza de vida o el nivel educativo sufren profundas brechas entre el norte y el sur. La capital de España es la ciudad europea donde más se ha ampliado la desigualdad en la última década, según diversos estudios.

Si a esas medidas de confinamiento, además, no se añaden recursos nuevos para afrontar la situación, como está ocurriendo, la sensación de abandono se extiende. Los riesgos vitales y políticos crecen. Lo que exige de los Gobiernos de todo el mundo una atención especial a la fragilidad del ser humano, y especialmente a las amplias franjas de la población que sufren de forma más severa las consecuencias de la pandemia. La revisión del modelo que propicia tal desigualdad resulta imperativa. No solo en el interés de los más desfavorecidos, sino de toda la colectividad, que se beneficia de la cohesión social.

Viraje chino

Al frenazo del coronavirus en China, el país donde precisamente se originó la pandemia, está siguiendo una especie de milagro económico que permite vislumbrar una verdadera recuperación en V frente a la recesión que el FMI prevé a nivel global (caída del 4,9% en 2020) y las caídas que alcanzan el 8% en EE UU o el 12,8% en España. La economía china se recupera con vigor y prevé cerrar el año con un 1% de crecimiento después de una política de estímulos que ha funcionado especialmente en las clases adineradas frente a las más humildes, aún muy paralizadas. Crece la producción industrial, crece el consumo, las ventas inmobiliarias y hay sectores que incluso alcanzan mejores cifras que hace un año.

Pero ese crecimiento es desigual. Las franjas más rurales y desfavorecidas, que viven con menos de 650 euros al año, no solo no han recuperado el consumo sino que nunca se habían sumado a esa demanda. En busca de ese mercado, el Partido Comunista Chino iniciará en pocas semanas la estrategia que ha dado en llamar de “circulación dual”, en la que prevé mantener la competitividad en las exportaciones mientras hace crecer la demanda interna. La integración de ambas es el objetivo de su próximo plan quinquenal en una remodelación de su modelo de capitalismo que suscita numerosos interrogantes entre todos los observadores. Mejorar el nivel de ingresos de la población más desfavorecida es un camino obvio, pero choca con un mantenimiento de esa competitividad en el exterior que pasa por salarios muy bajos y una escasa calidad en la oferta. Sumado a las dificultades que encuentra la tecnología china frente a la guerra comercial con EE UU, a capitulos como la represión impuesta en Hong Kong o el retraso en sumarse a la imprescindible lucha contra el cambio climático—esta semana Pekín ha anunciado su intención de aumentar los compromisos contra las emisiones—el proyecto chino se presenta como una prueba de modernización de la que cabe exigir se encuadre en un mayor respeto a los derechos humanos y unas relaciones internacionales estables y apropiadas.

REVISTA DE REVISTAS

El año que murió la diplomacia

POLÍTICO

La reunión virtual que este año celebra la Asamblea General de la ONU podría ser una metáfora del declive de la diplomacia y de los esfuerzos por mantener un orden internacional basado en reglas y no en la ley de la jungla, escribe el periodista Paul Taylor en un comentario en el que apunta un inquietante parecido de esta organización—que cumple 75 años en 2020—con la Sociedad de Naciones de los años treinta.

El Consejo de Seguridad está bloqueado por las disputas y la desconfianza entre las grandes potencias: Estados Unidos, China y Rusia, y el control armamentístico mundial está casi finiquitado, según este analista, quien no cree que haya un único culpable de la decadencia del orden mundial.

La creciente agresividad de la política exterior china, el revisionismo ruso para dotarse de una esfera de influencia territorial y el rechazo de la Administración de Donald Trump a cumplir acuerdos firmados por sus antecesores son factores que suman, aunque Taylor cree que el vandalismo diplomático del presidente de EE UU ha propinado el golpe más duro al orden internacional y ha propiciado la aparición

de imitadores, *mini Trumps* empeñados en desestabilizar el Mediterráneo oriental, Libia o Cachemira, solo por citar tres zonas del mundo en las que se esté desafiando actualmente el derecho internacional.

No solo EE UU está saltándose las reglas, el Reino Unido ha hablado de romper el derecho internacional, aunque Taylor cree que podría tratarse solo de una táctica negociadora del Brexit. En un mundo en el que impera la ley del más fuerte, la Unión Europea sufre especialmente, por ser un espacio construido sobre los tratados, el imperio de la ley y la aplicación efectiva de las reglas. La amenaza de veto de los Estados impide construir una política exterior común y los acontecimientos ponen a la defensiva a una UE que trata de preservar los acuerdos globales sobre clima, comercio, control armamentístico y justicia con una mano atada a la espalda por su disfuncional sistema de toma de decisiones. Taylor concluye afirmando que la Comisión está aprendiendo por las malas que el modelo europeo basado en reglas no puede competir con la fuerza bruta.

Publicado en Bruselas el 24 de septiembre.

EL ROTO



EL PAÍS
EDITADO POR DIARIO EL PAÍS, SOCIEDAD LIMITADA

PRESIDENTE DE HONOR
Juan Luis Cebrián
PRESIDENTE
Manuel Mirat
CONSEJERO DELEGADO
Alejandro Martínez Peón

DIRECTOR
Javier Moreno

DIRECCIÓN ADJUNTA
Mónica Ceberio, Miguel Jiménez
y Borja Echevarría

DIRECCIÓN AMÉRICA
Jan Martínez Ahrens
DIRECCIÓN CATALUÑA
Miquel Neguer

Subdirectores
Montserrat Domínguez, Carlos de Vega,
Antonio Jiménez Barca, Berna González Harbour,
Ricardo de Querol, Cristina Delgado, Andrea Rizzi
(Opinión) y Javier Lafuente (América)